

DIBUJO LIBRE

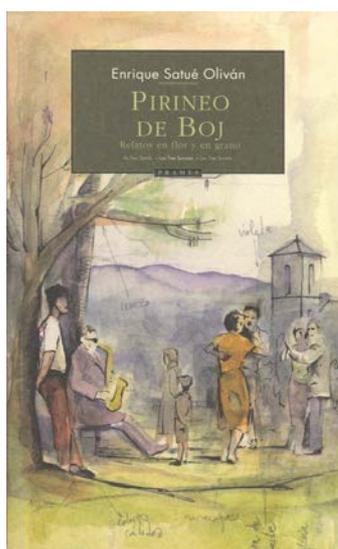
Enrique Satué Oliván- 2002

Cuando paso por delante del instituto siempre miro a lo alto y veo el reloj parado, colgando sus saetas como el primer día, como si el tiempo no hubiera pasado en casi cuarenta años. Levanto los ojos y me da pena, porque parece la momia de un centinela del que, desde la primera guardia que hizo, ya nadie se acuerda.

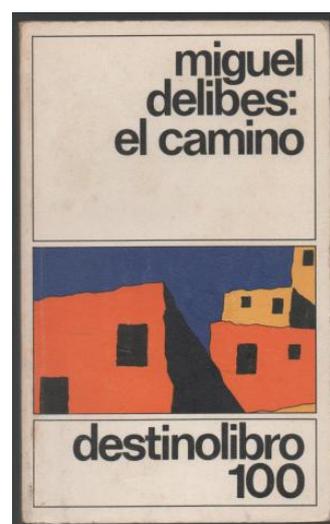
Cada día que lo hago, la imagen me produce un fuerte desasosiego, porque me parece ofensivo el que sus saetas no se hayan movido un solo minuto cuando el mundo para el que teóricamente ha estado preparando el colegio ha dado tantas vueltas y cuando miles de corazones tiernos han latido bajo su desesperante quietud, moviendo mares de hemoglobina por las torrenteras de las venas.

Ignoro si algún viejo compañero se ha parado a pensar en el detalle y si recuerda aquella tarde de octubre en que se inauguraba el curso y el ala masculina del instituto. Yo lo recuerdo como si hubiera sido ayer y veo aguardar ante la puerta lo que a mí me pareció una multitud de desconocidos aspirantes al Bachillerato elemental.

Casi todos llevábamos pantalones cortos y a los que acabábamos de llegar del mundo de Delibes –“del camino rural”- se nos notaba a la legua por los extremos: o por la timidez y congoja que destilábamos o por las travesuras que hacíamos en la calle ante la mirada inquisitorial del bedel que, como sargento prejubilado que era, tomaba buena nota del calvario que le aguardaba con aquel ganado.



Sello del Instituto Ramón y Cajal de Huesca.



Yo, para mi desgracia, pertenecía al primer grupo, al de los apocados y tímidos. Sin embargo aquella catalogación era muy reciente pues no hacía muchos días que corría por los caminos como un etiope, que hacía germinar trigo en latas de sardina, que disparaba balas de cáñamo a través de la cámara que deja la médula de saúco y que me subía a los ciruelos –los llamábamos *cirgüellos de sanmigalada*- para dar cuenta de ellos.

Aquel otoño lo pasé muy mal y así recibieron mis glándulas y mi espíritu el cambio: no respondiendo al sacrificio de mis padres que para mi provecho –decían muchas veces- habían bajado a la ciudad y comprado con esfuerzo, poco a poco, un pisito. Así pues, durante dos cursos, debí parecer un enfermo melancólico de aquellos del Romanticismo, que sólo se aliviaba de sus males acudiendo a la rancia estación de autobuses donde todos los días se podía ver y escuchar a las gentes que bajaban de la montaña.

Aquella caminata bíblica –en segundo dábamos Historia Sagrada- duró dos eternos cursos, hasta que los flujos y el genio comenzaron a reventar, aprendiendo de antemano las artes más profundas de la supervivencia: las del Lazarillo, del Buscón, de Rinconete y Cortadillo...; esas fueron para mí y para casi todos los compañeros las primeras referencias pedagógicas que, antes de llegar a la Literatura de tercer curso, nos iluminaron.

Hay veces que cuando paso bajo el reloj pienso en Salcedo y es entonces cuando, al instante, me parece que las saetas van a caer de punta y que me van a atravesar de arriba abajo. Salcedo –Pichafloja, lo llamábamos- debía de tener enuresis y sólo un acendrado sentido de la solidaridad permitía el que nos le acercáramos. Yo le vi mearse una vez y me mordió la congoja de tal modo en el pecho y en el estómago que creí que me iba a desvanecer: los cincuenta minutos de la clase habían comenzado como todos los días con el severo e inútil ritual del estudio y la profesora se disponía a officiar el resto con una endemoniada libreta de hule rojo.

Éramos expertos en calcular el paso de las hojas y en ese terreno, a pesar del miedo que nos carcomía, habíamos adquirido las dotes de los ciegos:

- Que llega por la “s”. ¡Ya está: Sánchez, Salcedo...! –decíamos entre el castaño de los dientes, sin osar levantar la mirada del pupitre.

Y en esas estábamos cuando a Salcedo le debió de dar un espasmo porque se llevó como una exhalación las manos a la ingle, mientras todo lívido sentía la húmeda

humillación de los regueros que le bajaban por las piernas para empapar primero los calcetines y zapatos hasta, después, formar un charco.

Salcedo faltó mucho aquel curso y al llegar la Semana Santa nos dejó. No supe más de él hasta que hace dos años coincidimos en una boda. Hablamos de muchas cosas y sólo al final me atreví a nombrar el instituto. Él tenía una empresa de cuarenta empleados y me llamó la atención que no guardara rencor alguno a aquellos días que a mí me habían marcado tanto. Aquello me indignó y me hizo pensar en el trato que él ahora debía dar a sus obreros. A lo largo de la sobremesa me di cuenta de que era una buena persona pero, sin embargo, aquel descubrimiento no atemperó mi desazón.

Él no se acordaba de su desgracia, pero sí de la mía. Seguramente porque debe de ser cierto que los mortales tendemos a retener lo bueno y que lo malo, al fin, por necesidad, lo desnaturalizamos. Así parece que ocurre, pero también digo yo que la mugre nunca se va de los sótanos de la memoria, que queda allí, espesa, bituminosa, emporcándonos de vez en cuando toda nuestra vida y, lo que es peor, también a la de los que nos rodean.

Salcedo me hizo recordar aquella primera clase de dibujo en la que, cómo todavía no teníamos el cuadernillo de los modelos, la profesora nos sugirió que hiciésemos en una lámina un trabajo libre.

Oyéndole recordé que me eché encima del papel, sujetándolo como hace un naufrago con su tabla de salvación. Debí de sacar la lengua apretándola con los dientes según la intensidad con que brotaban los primeros trazos. Analizo aquello ahora y tiene miga. Nos pasaba a muchos niños rurales que, a pesar de estar asilvestrados, no habíamos desarrollado nuestra psicomotricidad de un modo compensado: habíamos trepado por árboles y paredes, arrojado piedras, hecho silbatos con navaja, pero no sabíamos dónde estaba ni la derecha ni la izquierda y, al saltar en gimnasia, nos estampábamos con el potro; yo mismo debo a Descartes y a sus ejes de coordenadas el que al año siguiente, en segundo de bachiller, y con once años, aprendiese dónde estaba la derecha y la izquierda en el espacio –en lo social aún no lo tengo claro.

Me agarré con tanta ferocidad a la lámina, porque aquellos instantes me aportaban profundas bocanadas de frescura y de libertad. Me centré en el verano que acababa de pasar en el pueblo de mis abuelos, en el que iba a ser el último para todos ya que, las casas que aún no se habían ido, ese año ya no iban a sembrar. Me debieron enviar mis padres porque me conocían bien y porque sabían lo que para mí representaba mi abuela y la aldea colgada en uno de los percheros más atrevidos del

Pirineo; en fin, porque entendían que, antes de bajar a la ciudad, aquellas semanas me iban a sentar mejor que una de aquellas novenas con que mi madre me reponía mezclando yema batida con vino rancio. Y fue cierto, fue un verano glorioso, un verano mal llevado, porque hice antes el postgrado que los estudios elementales. Un tiempo sublime que se cortó violentamente el día en que el cartero, como en el tiempo de las levas, trajo un sobre donde mi padre decía que tenía que bajar a la ciudad a comenzar las clases. Recuerdo que aquella noche vomité sobre los linuelos de la cama. Sentía mareo y punzadas en el estómago frente al abismo de la aventura que a mí me parecía que se me venía encima. Aquello, con diez años recién cumplidos, me pareció un retorno generacional y que me mandaban a la guerra.

En fin, veo correr el lápiz como si hubiera sido esta mañana. Me puse a dibujar la aldea en medio de tres ubres, justo en el pezón de la central, dejando caer desde él la lechada de las casas encaladas. Así, sin querer, poco a poco, la composición que iba naciendo se asemejaba a la de un frontal medieval, de aquellos que se colocaban ante el altar de las oscuras iglesitas de la montaña. En medio, ocupando una buena parte de la lámina, dibujé a mi abuela como una divinidad de manos desproporcionadas. La verdad es que siempre me había llamado la atención la amplitud que tenían, las venas plúmbeas que se asomaban bajo de su piel y lo trabajadas que estaban. A sus lados, fui desgranando escenas pequeñitas que, por sí solas, tenían significado y que parecían detallar la vida de aquella figura central, de rasgos rígidos y frontales, como todos los de la escena, que no se sabía bien si era celeste o terrena.

Alguna vez, pensando en aquel dibujo que aún guardo, me he preguntado si el arte es un producto social o si, por el contrario, nace de la realidad personal, del estado de ánimo y de los conocimientos de cada persona. Bien, el caso es que fuera por lo que fuese, aquella lámina ajustada, simétrica, y que no arriesgaba nada, como el alma de la montaña, destilaba un denso incienso del medioevo.

Y seguí dibujando embelesado. En lo más alto del pueblo esboqué la iglesia con las campanas que aún tañían cuando llegaban las tormentas del sur dando dentelladas al trigo. Apretando el lápiz, recordé una de las muchas historias fantásticas que mi abuela me contaba: que hacía cien años, allí en aquel templo, los vecinos depositaban la décima parte de toda la cosecha hasta que, por fin, una casa los liberó de la obligación al nacerle un décimo hijo que el cura se negó a recoger y mantener.

La ubre derecha la ericé de espigas y la de la de la izquierda la dejé yerma, como había ocurrido siempre para que el suelo tomase aliento y para que así consiguiese levantar la frente del cereal al año siguiente.

En la parte superior derecha de la lámina dibujé a mi prima, fibrosa y abrasada por el sol de tanto segar e ir con el ganado. La dibujé en cuclillas, sentada sobre un banquito, agarrada a las pezones de una cabra y recogiendo en un cubo de madera la leche que tomaríamos por la noche con hojas de pan.

Debajo tracé la figura de mi tío tirando con una soga en bandolera de un gran rastillo de púas de hierro que llamaban *el cristo*, para que no quedase ni una sola cabeza del trigo recién segado en el suelo.

Más abajo, en los huertos oscuros del barranco, dibujé erguido, apoyado en un manzano, el oso que, cuando mi abuela era pequeña, pasaba por allí todas las sanmigaladas camino de la osera de Tendeñera. Hice el huerto grande, porque ella me decía que en él los carlistas se habían comido a La Roya de Camarrón, la única vaca que tenía la casa más pobre del pueblo.

Cuando llegué a la parte superior izquierda de la lámina ya había alcanzado un grado de felicidad suprema y dibujé a Antoné de Sampietro, colorado de cara, luciendo un buen mostacho blanquiñoso, sobrado de vientre, con una boina y unos tirantes que le daban el aire de campesino galo que se le habían pegado de tanto ir los inviernos a trabajar a Francia. Estaba cortando un roble y en una piedra había escrito con otra: “Viva Azaña. Mueran los fartos que no dejan vivir a os lasos”. Antoné era así: un perdedor que, a pesar de que había sufrido tanto, aún jugaba, como uno más, con nosotros, los niños. Para hacerle justicia escribí bien claro el texto al pie de él. Y no era para menos, porque mi abuela me había contado que, cuando llegó la guerra, los milicianos lo habían nombrado alcalde y que su primer edicto había sido el de que, por sus reales, allí no se tocaba a nadie, que todos eran una misma familia. Así de bonito todo hasta que cambiaron las tornas y él fue llevado a un campo de concentración al norte de África para no levantar cabeza en toda su vida.

Debajo dibujé las ruinas de la pardina de Metils, de la que mi abuela me decía que había oído contar que dos ancianas habían sobrevivido a una peste, hacía mucho tiempo.

Más abajo, pero en la ubre de la derecha, tracé el camino de cien vueltas que subía desde el valle principal. Lo hice pasar junto a la borda donde, hacía medio siglo, se vio pasar al último lobo y al lado de la enorme losa, casi como una cama, donde con

piedras y ramas de boj los de Lorién honraban al pariente moribundo que, hacía años, fue recostado allí.

Así cerré la lámina: borracho de nostalgia. Sonó el timbre y la profesora nos dijo que nos esmeráramos, que pediría los trabajos al día siguiente. Ya en el pisito la volví a mirar absorto y aún le añadí un nuevo detalle: a mi primo, que tras finalizar las tareas del campo salía al balcón que daba al valle y a Peña Canciás para escuchar Radio Gaceta de los Deportes con un transistor Lavis. Repasé sus abarcas y los calcetines de lana sudados, que tanto olían. Recordé aquel olor que era el compendio de cómo, durante siglos, en aquella aldea, se había mezclado el sudor con la tierra. Fue la única escena de aquel frontal donde cabía un detalle cultural del año sesenta y cinco. El resto, en forma y contenido, era medieval.

Salcedo se acordaba mejor que yo:

- Y te sacó el primero. Venga usted, el que parece que se va a morir –recordaba él que me dijo la profesora.

Yo me debí de acercar temblando, sintiendo que de un momento a otro el corazón me iba a saltar del pecho.

- A ver... -debió decir ella, mirando por encima de las gafas- !Pero usted se cree que yo me chupo el dedo...! ¡Usted no ha hecho esta lámina ni loco! ¡Vaya tunos que nos mandan los maestrillos de los pueblos!

A mí aquella situación me parecía increíble, porque, después de conocer a don Felipe, mi entrañable maestro de las nacionales, no podía emparentar a un profesor con otra cosa que no fuera la Justicia.

- Profesora, que sí, que lo he hecho yo. Es el pueblo de mi abuela. Está cerca de Francia. Voy todos los veranos –le dije, atolondrado, a punto de que me saltaran las lágrimas de rabia.

- ¿Te ríes de mí, listillo? –apostilló con una violencia que me punzó el plexo solar, como una flecha envenenada.

Y en aquel momento fue cuando, para mi propia sorpresa, sin pensar, saltó de mí una voz que parecía haberse ido articulando durante generaciones, como los trazos de aquel frontal medieval que yo, sin querer, había dibujado en la lámina:

- Bueno, profesora, lo he hecho casi todo, pero mi padre me ha ayudado un poco, sólo un poco.

- ¿Un poco...? ¡De buenas te has salvado. Con un cinco vas que chutas y, para otra vez, aprende! –me dijo, arrojando la lámina sobre la mesa.

Y claro que aprendí... Todavía no se me ha olvidado aquello.

- ¡Hostia, tú, y parecías tonto...! –me dijo Salcedo el día de la boda.

Aquella apreciación de Salcedo me volvió a desconcertar porque yo, lejos de considerar aquella salida mía como algo ingenioso, aún la recuerdo como una calamidad. Y eso no es lo peor, porque lo más triste y humillante es que yo, hecho y derecho, muchos años después, les haya contado a mis hijos aquella historia, sin darme cuenta, a modo de lección, cuando me han hablado de sus relaciones injustas con algún profesor.

Por eso se entenderá que me duela tanto el ver clavadas las saetas del reloj del instituto y se comprenderá el que para mí signifique un gran alivio el verlas andar, porque así creeré que todo ha sido un mal sueño y que la Edad Media se quedó enterrada entre ortigas, saúcos y paredes caídas en la aldea abandonada de mi abuela, en uno de los estantes más altos que se apoyan en el macizo de Monte Perdido.